

PRESENTACIÓN

LA VIDA COTIDIANA EN MÉXICO EN EL SIGLO XIX

CECILIA COLÓN*

Costumbres, tradiciones, chismes, regocijos, obligaciones, cotidianidad... con cuántas palabras podemos designar aquello que va formando nuestro diario ir y venir por una ciudad, por una sociedad determinada, por nuestro rumbo, por nuestra casa en un momento histórico específico. Esta situación es la que va haciendo que vivamos de una forma definida, que realicemos actividades que se van convirtiendo en costumbre y tradición de un lugar, de una época. En este *dossier* hemos querido reconstruir un poco ese acontecer habitual y cotidiano de la Ciudad de México del siglo XIX, así que al tiempo que lo hacemos desde un punto de vista más formal, también nos vamos a los pasillos, a los entresijos de esta ciudad para conocer los chismes que se decían entre susurros, pero que aderezaban, como las cerezas de un pastel, el incesante acontecer de esta naciente capital independentista.

Nuestro *dossier* está formado por siete artículos que nos dan un rico y variado

panorama de este México decimonónico en todos los aspectos: comenzamos con los cementerios, nos seguimos hasta la cocina y terminamos con la formalidad de la literatura.

El primer artículo nos lleva a un lugar al que todos llegaremos tarde o temprano: los cementerios, y como la vida, también existe la muerte y es necesaria, pero hay que reglamentarla. “Los restos de José María Heredia. Detrás de los huesos perdidos o ¿la paz de los sepulcros?” es un texto de Alejandro González Acosta y en él nos lleva a conocer, en primera instancia, el triste final de los restos del gran poeta cubano José María Heredia (1803-1839), que no descansa en paz; ya muerto, ha seguido viajando por varios panteones: el Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles, Santa Paula, y después, sólo Dios sabe, pues la investigación todavía no da el dato exacto de dónde reposa. Junto a estas pesquisas, González Acosta nos muestra la legislación que había en el México Independiente sobre los panteones, nos habla de las condiciones que se necesitaban para ser huéspedes de ellos y hasta del precio que se había de pagar: ¿a perpetuidad o temporal? Lo que sucedía en el más allá, sólo Dios

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

lo sabe, pero en el más acá... a veces era más complicado morir que vivir.

Ya dijimos que la vida cotidiana está llena no sólo de lo que se hace por costumbre, sino también de las habladurías, de todo aquello que se dice en voz baja, de lo que se oculta, de los secretos a voces y Leticia Romero Chumacero nos entrega la crónica de un delicioso chismesumor que durante muchos años estuvo en la clandestinidad: el idilio entre Laura Méndez y Manuel Acuña, el famoso vate de quien se aseguraba se había suicidado por el rechazo de Rosario de la Peña, ¿realmente fue por ella? Los argumentos de Leticia Romero en su artículo: "Laura Méndez y Manuel Acuña: un idilio (casi olvidado) en la República de las Letras" son contundentes: hubo un gran amor entre estos dos poetas decimonónicos, Laura y Manuel, que culminó con el nacimiento de un hijo que no terminó ni siquiera su primer año de vida debido a la extrema pobreza en que estaba sumida la pareja. ¡De lo que nos venimos a enterar tantos años después!

Por supuesto, junto a la muerte con la que los mexicanos nos llevamos tan bien y en medio de un buen chisme no podía faltar la risa, la ironía, la burla; el manejo de estas tres situaciones son diferentes en cada cultura y en cada país. Margarita Alegría nos da una muestra de cómo se practica esto durante el siglo XIX a través de un escritor que ha sido considerado el primer romántico mexicano: Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), sobrino del famoso Mariano Galván, el editor de los no menos conocidos calendarios Galván. A lo largo del artículo "Ignacio Rodríguez Galván, humor y vida cotidiana en el México del siglo XIX", Margarita Alegría nos introduce a ese siglo y, sobre to-

do, a esta serie de situaciones chistosas, a veces humillantes, llevadas a la exageración por un provinciano que se vuelve como el juguete de una Ciudad que es alocada, terrible, peligrosa y diabólica, pues todo le sale mal y lo que él pensaba que sería un paseo, se convierte en una pesadilla.

La comida y la bebida es algo que siempre hacemos, desde que nacemos hasta que morimos, lo interesante es cómo resolvemos estos rituales que son motivo de tertulias, cambios de opiniones y, a veces, hasta disputas. En este *dossier* contamos con tres artículos que se refieren a este tema: "De moles, pulques, dulces y bisteces: la comida en la Ciudad de México durante el siglo XIX" de Roxana Elvridge-Thomas, "Nuevos sabores: gusto y disgusto" de Begoña Arteta y "La serpiente-hada del deseo de lo imposible" de María Emilia Chávez.

Roxana Elvridge-Thomas nos obsequia con un delicioso texto donde nos da una panorámica de las costumbres y rituales culinarios en el México del XIX. Ella nos habla del menú que se estilaba comer por aquella época y después de enterarnos de esto, surge la pregunta: ¿por qué no estaban completamente obesos nuestros ancestros luego de saborear tal cantidad de comida? Adivinando esta duda, la propia Roxana Elvridge-Thomas se la plantea y la responde. Pero no sólo habla de esta cuestión, de la mano del poeta Manuel Gutiérrez Nájera, nos introduce al cosmopolitismo del final de ese siglo en donde la moda, el lenguaje y la cocina logran un sincretismo sin igual con Europa, admitiendo las influencias francesas y estadounidenses, pues nos acercamos al cognac, al ajeno y al champagne, sin dejar de lado, por supuesto,

nuestro tradicional mole que en ese momento se consolida como el platillo nacional por excelencia.

Por su parte, Begoña Arteta nos muestra como descubren el arte culinario del México decimonónico, a tres viajeros ilustres: Frances Erksine Inglis, mejor conocida como Madame Calderón de la Barca, de origen escocés; Brantz Mayer, norteamericano, y Carl Bartholomaeus, un británico-austríaco; todos ellos tienen en común el formar parte de diferentes legaciones diplomáticas que vivieron una buena temporada en México. En “Nuevos sabores: gusto y disgusto” y junto con Begoña Arteta, podemos ver sus rostros de asombro y, a veces, de repulsión al tener que probar un platillo, frutas exóticas, como el mango y el zapote, o picosas salsas que jamás hubieran imaginado comer y no hablemos del pulque, bebida de larga tradición en la historia de la comida mexicana, porque la expresión de nuestros viajeros es de horror. Sin embargo, luego de vivir aquí y conocer no sólo la comida sino las costumbres e idiosincrasia del mexicano, llegan a la conclusión de que el descubrimiento es por demás gustoso, apetitoso e inolvidable.

Continuamos con un artículo sobre un tema que a veces no tomamos en cuenta cuando hablamos de la vida cotidiana de una época determinada y es la bebida. Todos bebemos algo cuando comemos, cuando tenemos sed, pero también lo hacemos cuando nos reunimos con amigos y buscamos, además, algo más fuerte que nos dé chispa en el cerebro, que nos “ilumine” al momento de la creación y qué mejor que saber lo que bebían muchos de los intelectuales no sólo de

Europa, sino también los mexicanos. En el artículo “La serpiente-hada del deseo de lo imposible”, María Emilia Chávez Lara nos explica qué es y qué efectos provocaba el ajenjo, esa hada verde que ponía tan gozosos a nuestros artistas. Ella nos platica cómo nuestros escritores se dejaban seducir por su color verde, su aroma, su textura, pero quizás, sobre todo, porque la propia seducción era misteriosa. “¿Qué va a suceder cuando la beba yo? –quizás pensaban–, ¿qué imágenes y metáforas va a producir en mi cerebro...?” Esas preguntas, cada artista las tenía que responder de manera personal luego de un largo y delicioso trago de ajenjo.

Cerramos nuestro *dossier* con un artículo titulado “La construcción de la literatura nacional” de la pluma de Cecilia Colón; ella nos habla de la cotidianeidad entre los intelectuales, esta tarea que no podía esperar más tiempo y que era, precisamente, la construcción de nuestra literatura nacional, faena nada sencilla ni fácil si nos ubicamos en las circunstancias de ser un país que apenas se estaba formando, que se estaba “inventando” a sí mismo y una de las primeras responsabilidades que tenían quienes poseían más educación, lecturas y conocimiento, era el fortalecimiento de una literatura nacional y la creación de una conciencia nacional.

Así que luego de un paseo tan variado, seguramente suspiraremos ante la añoranza de un México que ya no existe, pero que podemos reconstruir gracias a la memoria, a la investigación y la comida y bebida que todavía, hasta el día de hoy, podemos degustar. ¡Aah, qué tiempos aquellos, señor don Simón!■